



se encaminaba á disminuir su autoridad y menoscaballa. Era el sentimiento en tanto grado, que no temia de dar muestras dél al mismo rey y formar quejas en su presencia.

Como el infante D. Juan, su yerno, con un escuadron de gente corriese la campaña de Salamanca, y con sus ordinarias correrías llegase hasta Ciudad-Rodrigo, y el rey se quejase de esto con D. Lope de Haro, tuvo atrevimiento de confesar que todo aquello se hacia por su consejo y voluntad, hasta añadir que si el rey iba á Valladolid, su yerno vendria á Cigales, que es un pueblo allí cerca, y era tanto como amenazarle: soltar la rienda á la mala condicion y irritar con esto la ira de los reyes, cosa es muy perjudicial. Verdad es que por entónces el rey tuvo sufrimiento y disimuló lo mejor que pudo, hasta que se ofreciese ocasion para castigar tan gran locura, y desacato. Fué el rey á Valladolid, habló con D. Juan, su hermano: dióse orden cómo aquellos alborotos algun tanto sosegasen. Partido de Valladolid, fué primero á Roa, y de allí á Berlanga y á Soria. Despues tomó el camino para Tarazona para verse con el rey de Aragon, y alcanzar dél que le entregase los hermanos Cerdas. Estorbóse esta vista de los reyes por las malas mañas de don Lope de Haro, que, como tercero, iba de una parte á otra, y á cada cual de las partes referia en nombre del otro condiciones para asentar la paz, muy pesadas y muy contrarias de lo que los mismos principes pretendian. Todo iba enderezado á derribar por medio de los hermanos Cerdas al rey D. Sancho, de quien tenia de todo punto el ánimo enajenado, que fué la causa de no efectuarse cosa alguna, y de volverse el rey á Alfaro, que es una villa de Castilla, puesta á los confines de Aragon y de Navarra.

Acudieron el infante D. Juan y D. Lope de Haro, su suegro, á hacer reverencia y compañía al rey, sin guarda bastante con que se asegurasen. Halláronse presentes D. Gonzalo, arzobispo de Toledo, y D. Juan Alonso, obispo de Plasencia, el obispo de Calahorra, el de Osma y el de Tuy: allende de estos, el dean de Sevilla, que era canciller mayor, y el abad de Valladolid, todos llamados á consejo para tratar de cosas importantes.

Llegados D. Juan y D. Lope á besar al rey la mano, mandóles le volviesen á la hora todos los castillos y plazas que tenian en su poder, y para esto alzasen el juramento á los soldados que tenian de guarnicion, y diesen las contraseñas por do entendiesen por cierto que era tal su voluntad. Fué este mandato muy pesado; excusábanse de obedecer, mandólos prender. D. Lope de Haro, puesta mano á la espada y revuelto el manto al brazo, con palabras muy injuriosas, y llamar al rey tirano, fementido, cruel, con todo lo demas que se le vino á la boca y que el furor y rabia le daban, se fué para él con intento de matalle. Locura grande y demasiado atrevimiento, que le acarreo su perdicion; los que estaban presentes pusieron asimismo mano á sus espadas, y del primer golpe le cortaron la mano derecha y consiguientemente le acabaron. Caballero que fué arriscado y fuerte, mas su arrogancia y poder demasiado, junto con la envidia que muchos le tenian, redujeron á estos términos.

D. Juan su yerno, despues que hirió á algunos de los criados del rey, como vió muerto á su suegro, se huyó y acogió al aposento de la reina, que se puso delante para amparalle del rey, que venia en su seguimiento con la espada desnuda, y por sus ruegos y lágrimas hizo tanto que le libró de la muerte. Pusieronle en prisiones para estar á juicio y dar razon deste y de los demas desacatos. Forzosa cosa es pasar muchas cosas en silencio por seguir la brevedad que llevamos; mas ¿quién podria contar por menudo y á la larga todas las tramas que en esto hobo de traicion y deslealtad? ¿Quién decir todo lo que pasó en tan grande ruido y alboroto? ¿Y encarecer la turbacion y desasosiego de toda la casa real? La suma es que, quitadas delante las cabezas, los alborotos se apaciguaron por entónces, y con el ejemplo fresco de aquella culpa y de aquel castigo, los demas se tuvieron á raya para que luego no se alterasen. Pero como se hobieron un poco sosegado, en secreto y públicamente en corrillos comenzaron á murmurar deste hecho del rey. Decian que con muestras de amor engañó á tan grandes principes; los parientes y aliados de los dos, unos se salian de la córte, otros,



de que hobo gran número, se fueron del reino. Por todo esto bien se dejaba entender que se armaba alguna gran tempestad; que fué la causa principal de abreviar la confederacion y liga con el rey de Francia en Leon, como arriba queda dicho.

Doña Juana, mujer del difunto D. Lope de Haro y hija de D. Alonso, señor de Molina, toda cubierta de luto se fué á ver con la reina su hermana en Santo Domingo de la Calzada, donde estaba la córte. Pretendia con esto recoger las reliquias del naufragio de su casa. Hizo tanto, que con sus lágrimas y á ruego de la reina se amansó el rey para que no despojase á su hijo del señorío de Vizcaya, como lo pretendia hacer, y ya por fuerza se habia apoderado de la villa de Haro y del castillo de Treviño. Demas desto, con deseo de sosiego y de apaciguallo todo, la reina prometió á su hermana que si su hijo D. Diego de Haro, como era forzoso, llevase en paciencia la muerte de su padre y se pusiese en manos del rey, le haria dar el lugar y autoridad que su padre tenia. Doña Juana, como mujer inconstante, pensó que estas promesas procedian de miedo; así mudó luego de parecer y trocó la humildad pasada en cólera, tanto que con deseo de vengarse atizaba á su hijo y le aconsejaba que renunciada la fe y lealtad que al rey tenia prometida, se desnaturalizase y se pasase á Aragon. Doña María, mujer del infante D. Juan, que tenian preso, se pasó á Navarra, cerca de la cual estaba. En su compañía se salieron otrosí de Castilla muchos de sus aliados, dado que la mayor parte (como suele acontecer en estas revueltas), dudosos y suspensos se estuvieron en sus casas para tomar consejo conforme al tiempo y como las cosas se rodeasen.

Gaston, vizconde de Bearne, sabido lo que pasaba, vino á gran priesa á Aragon en favor de sus deudos, resuelto de poner á cualquier riesgo su persona y estados por los amparar. Á instancia de todos estos señores, el rey de Aragon puso en libertad á los hermanos Cerdas. Y para hacer mayor pesar al rey D. Sancho, por el mes de Setiembre en Jaca, donde hizo traer los infantes, nombró á D. Alonso, el mayor dellos, por rey de Castilla y de Leon, de

que resultaron nuevas guerras y grande ocasion para discordias; y es cosa forzosa que los grandes reinos sean muchas veces combatidos de nuevas y grandes tempestades. Por medio de los Cerdas y con el favor de los aragoneses, se movió guerra á Castilla. El pueblo estaba no más deseoso que medroso de cosas nuevas. Los caballeros principales de Castilla no eran de un mismo parecer; los más prudentes, con deseo de sosiego, seguian el partido del rey D. Sancho y querian agradalle á él, pues tenia el mando y señorío. Él en aquellos dias fué á Vitoria, que es en Álava; allí la reina parió un hijo que se llamó D. Enrique. La ida se enderezaba así para verse en Bayona con el rey de Francia, segun que lo tenian determinado por sus embajadores, como para acabar de conquistar los lugares y tierras de Vizcaya y ponellos debajo de su señorío.

Esta guerra fué más dificultosa de lo que se pensó, por la aspereza de los lugares, la falta de bastimento y la condicion de la gente, constante en guardar la fe y lealtad á sus señores. Teniase esperanza por medio del maestro de Calatrava D. Ruy Perez Ponce de poder ganar á D. Diego de Haro, hermano de D. Lope, al cual ántes deste tiempo el rey hizo capitán de la frontera, y al presente le ofrecia mucho mayores honras y premios hasta dalle intencion que le daria el señorío de Vizcaya; pero él, sin hacer caso de todo esto, quiso más irse desterrado á Aragon. Decia no se debia confiar de quien so color de amistad maltrató de tal manera á tales principes sus parientes y amigos. Así se partió determinado de favorecer y amparar con su consejo y hacienda y diligencia á su sobrino. Todo parecia estar á punto de romper; los pueblos resonaban con aparatos y pertrechos de guerra, cuando al mismo punto que querian acometer las fronteras de Castilla falleció de enfermedad D. Diego de Haro, hijo de D. Lope, en gran pro y beneficio del rey D. Sancho y de sus cosas. Con su muerte se resfriaron las voluntades de los que seguian su bando, y Vizcaya, que hasta entónces hacia resistencia, toda ella vino en poder del rey por el esfuerzo y valor de Diego Lopez de Salcedo, á quien se cometiera todo el peso



de aquella conquista, y de quien así en guerra como en paz se hacia mucho caso.

El rey D. Sancho, dado que hobo fin á las cosas de Vizcaya y que las vistas con el rey de Francia se remitieron para otro tiempo, dejó á su hermano el infante D. Juan con buena guarda preso en el alcázar de Búrgos, y despues le pasaron á Curiel, y él, con el cuidado que tenía de la guerra de Aragon y de su reino, que de nuevo andaba en balanzas, se partió para Sabugal, que es una villa á la raya de Portugal. Allí se juntaron él y el rey de Portugal para tratar entre los dos de sus haciendas; hicieron liga contra los aragoneses y los desterrados de Castilla, que se apercebían para la guerra so color de poner en posesion á don Alonso de la Cerda, que ya se intitulaba rey de Castilla en el reino de su abuelo. Apartados los reyes, y vueltos destas vistas, D. Sancho, recogidas sus fuerzas por todas partes y la gente de guerra que tenía, se fué á encontrar con los aragoneses á la villa de Almazan. En el mes de Abril del año del Señor de mil y doscientos y ochenta y nueve se juntaron los dos campos, mas no sucedió cosa digna de memoria; sólo la villa de Moron fué tomada por los aragoneses por fuerza de armas, y Almazan fué cercado.

De la otra parte el rey D. Sancho con una entrada que hizo por las fronteras de Aragon, destruía la campaña, robaba ganados y ponía á fuego villas y lugares. D. Diego Lopez de Haro, de la misma manera con sus correrías tabalaba todos los campos y términos de Cuenca y Huete, demas de un escuadron de enemigos con quien se encontró, y los venció y puso en huida junto á la villa de Pajaron. En esta refriega murió Rodrigo de Sotomayor, capitán de los castellanos. Las banderas que les tomó, envió don Diego á la ciudad de Teruel. La estrechura del lugar fué causa deste reves: los aragoneses peleaban mejorados del lugar, y por todas partes podían reposar, unos daños sucedían á otros, como si anduvieran en rueda: los que con su daño pagaban las discordias de los principes, eran los inocentes. Verdad es que las más ciudades y villas tenían la voz de D. Sancho, unas

por miedo, otras por voluntad. Sólo en Badajoz se encendió una revuelta muy grande: estaban aquellos ciudadanos de tiempo antiguo divididos en dos bandos, es á saber, los bejaranos y los portugueses. Fueron los bejaranos despojados de sus haciendas por los contrarios, y forzados á ausentarse de la ciudad. Hicieron recurso al rey para que deshiciese el agravio. Mandó así: los dañadores no quisieron obedecer á este mandato. Acudieron los bejaranos á las armas, y con gente que tenían apercebida, mataron gran número del otro bando, y echaron los que quedaban, de la ciudad.

Á este atrevimiento de quererse vengar por sus manos añadieron otro mayor, y fué que como se hobiesen fortificado en lo más alto de la ciudad, apellidaron por rey á D. Alonso de la Cerda. Dió esto grande pèsadumbre al rey don Sancho: el daño que resultó á aquella ciudad, fué notable. Grande es la furia del pueblo puesto en armas, las fuerzas de los reyes son mayores: vióse por experiencia, que luégo que el rey envió su campo sobre ellos, la osadía se les trocó en miedo. Rindiéronse á partido salvas las vidas. No les guardaron el concierto: todos los bejaranos fueron pasados á cuchillo en número de cuatro mil entre hombres y mujeres. El mismo trabajo corrió Talavera, villa principal en el reino de Toledo: por seguir la voz de D. Alonso de la Cerda, hasta cuatrocientos de los más nobles fueron justiciados y descuartizados públicamente á la puerta, que desde aquel tiempo comenzó el vulgo á llamarla la puerta de Quartos. Así lo testifican los de aquel lugar como cosa recibida de mano en mano de sus antepasados, sin que haya autor ni testimonio más bastante. Lo cierto es que con el castigo destes dos pueblos quedaron avisados los demas para no se desmandar; y es así que todo grande ejemplo y hazaña es casi forzoso tenga mezcla de algunos agravios; pero lo que se peca contra los particulares, se recompensa con el provecho y sosiego comun.

El año próximo siguiente de mil doscientos noventa se trató de nuevo que los reyes de Francia y de Castilla se viesen y hablasen. Acordado esto, llegaron en un mismo dia á Bayona, pueblo de la Guiena señalado para esta



junta. Lo más principal que entre los reyes se resolvió, fué que el de Francia alzó la mano de ayudar á los hermanos Cerdas: renunció otrosí el derecho, si alguno tenía, al reino de Castilla como bisnieto de la reina doña Blanca, que no faltaba quien le pusiese en seguir esta demanda; demas desto se resolvió de hacer por ambas partes la guerra al reino de Aragon. Al mismo tiempo Tolosa, Segura y Villafranca, que se comenzaran á edificar en la parte de Vizcaya en tiempo del rey D. Alonso, se acabaron en éste por la diligencia del rey D. Sancho, de que hay hoy dia públicos instrumentos despachados en esta razon en Vitoria y en Valladolid, donde se vino desde Bayona. El rey de Aragon, sabida la confederacion de los dos reyes, y visto que no tenía fuerzas para contrastar con Castilla, Francia é Italia, mucho se inclinaba á la paz, sin embargo que Cárlos, rey de Nápoles, no cumplía lo que se asentó en el concierto pasado; de que el rey de Inglaterra, por cuya instancia fué puesto en libertad, se sentía muy agraviado que hiciese burla de su fe y palabra.

Acudieron por todas partes al papa á poner en sus manos estas diferencias. Respondió enviaria sus legados, que oidas las partes, con condiciones honestas acordasen todos estos debates. Nombró para esto dos cardenales, es á saber, Benito Colona y Gerardo de Parma, para que fuesen á Francia y lo compusiesen todo. En este comedio Cárlos, rey de Nápoles, y el rey de Aragon, con seguro que se dieron el uno al otro, se vinieron á hablar en Junquera, pueblo de Cataluña. Allí platicaron sobre muchas cosas, y asentaron treguas por algunos meses mientras que los legados tomasen algun buen medio para asentar con firmeza la paz; cosa que á todos venia bien y á que todos se inclinaban. Cárlos con esperanza de recobrar el reino de Sicilia, el aragones porque se alzase el entredicho que tanto duraba en su reino y por excusar la guerra que de Francia le amenazaba, demas del deseo que le punzaba, apaciguadas estas diferencias, de volver sus armas contra Castilla.